

ESTUDIOS

El telar de una novela histórica: *Enriquillo, de Galván*

LA NOVELA HISTORICA.

EN todas las épocas se noveló el pasado, pero fué especialmente en el período romántico cuando las novelas históricas aparecieron en constelación, con una implícita filosofía de la vida.

Los racionalistas habían desatendido las raíces históricas de la existencia humana. Cuando ofrecían asuntos lejanos apuntaban a lo inmutable; y la móvil relatividad y diversidad del hombre se les escapaba.

La filosofía romántica, en cambio, insistió en que vivimos en el tiempo y, por lo tanto, el sentido de nuestras acciones está condicionado por las particularidades del proceso cultural.

El novelista del siglo XIX —el siglo de la Historia— enriqueció pues el viejo arte de contar con un nuevo arte de comprender el pasado.

Ahora bien: al construir una novela ¿cómo cumplir al mismo tiempo, y equitativamente, con el derecho a la libre invención y el deber de fidelidad histórica? En los mismos años en que Walter Scott imponía su manera a todas las literaturas europeas ya se discutía la incompatibilidad entre Fantasía e Historia. El ideal de verdad pudo al fin más; y la novela histórica entró en crisis como género artístico y se transformó en historia novelada. Después de

Walter Scott y sus discípulos vinieron los divulgadores de crónicas y los eruditos. En la América española como en todas partes se da el mismo fenómeno, desde nuestra primera novela histórica, *Jicoténcal*, 1826, hasta *Enriquillo*, 1879-1882, en la que nos vamos a detener.

Su tema: la colonia española en Santo Domingo, de 1503 a 1533.

Su autor: el dominicano Manuel de Jesús Galván.¹

TALLER DEL NOVELISTA-HISTORIADOR.

Al evocar el pasado Galván no se transporta a él, en un raptó intuitivo, sino que lo ve telescópicamente. Sus ademanes señalan a lo lejos, clasifican los hechos siguiendo las líneas de una teoría de la Historia, realzan en los personajes de la Colonia una significación que sólo la posteridad les ha reconocido. Nunca perdemos el sentido de las distancias. Allí, en el siglo XIX, el novelista, con su ojo puesto al telescopio, procura explicarnos las leyes de ese sistema social. Las explicaciones son excesivas.² Más aún: a veces interrumpe el relato con lecciones como ésta:

Si el discurso del noble duque pareciere al discreto lector un tanto ampuloso y difuso, tenga la bondad de recordar que en aquel tiempo las reminiscencias de la Edad Media, que apenas acababa de pasar, se confundían con los primeros destellos de la civilización moderna; que el incomparable Miguel de Cervantes no había nacido todavía; ni, por lo mismo, estaba en la mente de ningún hombre el engendro feliz de aquel ingenio inmortal que había de echar por tierra las sublimes fantasías caballescadas, a una con las abigarradas y enfáticas formas literarias que servían de marco a tan heroicos desvaríos y románticas locuras. (97)

En una ocasión dice que el Contador Real don Cristóbal de Cuéllar pertenecía por sus principios y sus ideas "al siglo en que había nacido". Pero en seguida, por lo que agrega, vemos que ese "siglo" no es el medio histórico en que don Cristóbal vivió concretamente, sino un abstracto período de la historia universal:

...ese fecundo siglo décimo quinto, que cierra la tenebrosa Edad Media con la caída del Imperio de Oriente, la conquista de Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo. Mitad sombra y

mitad luz, aquella centuria, al expirar, preludiaba dignamente al gran siglo del Renacimiento de las letras y las artes, a que tanto contribuyó la emigración a Italia de los más ilustres sabios y literatos de la ya mahometana Constantinopla. Los últimos destellos del feudalismo, los postrimeros resplandores de una civilización grosera, que tenía por base el despotismo de los señores, y el envilecimiento de los vasallos, aparecían más lívidos y siniestros al confundirse con los primeros albores de la Edad Moderna, cuando despertaba de su letargo secular el espíritu humano y se acogía a la concentración del poder real como a un puerto de refugio contra la bestial opresión de los múltiples tiranos.

Imponíase entonces a la conciencia de los pueblos la idea de la real potestad, como hoy se impone la idea democrática bajo la forma racional de la República... etc. (122)

Con este empaque académico Galván supedita la marcha de la novela a dos normas de fidelidad histórica:

1) Sacrifica el valor artístico del relato cada vez que debe elegir entre su imaginación y los documentos. Y aun en los casos en que no encuentra documentos, en vez de inventar, calla:

Después... No hemos de inventar, por el único interés de dar colorido novelesco a nuestra narración, peripecias que, alejándose de la verdad de los hechos, compliquen la sencilla trama de los amores del joven Almirante. La historia dice que su pretensión no halló obstáculos, y hemos de respetar la historia aunque palidezca nuestro verídico relato antes que recargar la acción principal y real de nuestros personajes con incidentes fabulosos y de grande efecto dramático, que sólo darían por resultado irritar nuestra pobre imaginación y cansar la paciencia del benévolo lector. (95)

Histórico. No queremos alterar el tipo de nuestro héroe suprimiendo este detalle que acaso no armonice con la estética; pero que nos parece de gran valor característico. (413)

2) Apoya la verdad histórica en los documentos originales. Transcribe páginas enteras de Las Casas (206-7); y para que no haya la menor sombra de duda en cuanto a su veracidad muchas veces, al hacer hablar a Las Casas, pone en sus labios pasajes de sus mismos escritos (316-7; 334, 335, 339). Tan orgulloso está de este procedimiento que nos avisa, al pie de página, con notas de este tipo: "Toda esta narración es literalmente histórica. Nada alteramos en

los precedentes discursos y réplicas del texto de Las Casas" (335); "Extracto fiel y textual, sin poner nosotros una palabra, ni un concepto nuevo, del cap. cxxv de la *Historia de las Indias*, de Las Casas" (432). A veces, no en notas, sino en el texto: "dejemos hablar al mismo Las Casas que lo dice todo incomparablemente mejor que nosotros" (337). Y, en efecto, al novelar, repite las descripciones de Las Casas (251, 277, 323, 381, 429, 430).

HISTORIA Y NOVELA.

La ingenuidad con que Galván mecha su novela con materiales históricos —o los exhibe en notas y en el Apéndice— facilita la averiguación de sus fuentes. De los cronistas de Indias, ante todo Las Casas, cuya *Historia de las Indias* se acababa de publicar (1876); y después Oviedo, Juan de Castellanos, Herrera y documentos del Archivo de Indias. De los españoles próximos, Quintana.

A pesar de sus aires Galván no era historiador; y no agotó la compulsión de todos los documentos de ese período. Algunos, muy importantes, no se conocían.³ Con todo, su novela es bastante veraz. Las invenciones novelescas son mínimas y siempre verosímiles.

A veces consisten en interpretar libremente un hecho histórico: así la muerte de María de Cuéllar, a los pocos días de casarse con Velázquez, el conquistador de Cuba, le sugiere a Galván unos amores contrariados entre ella y Grijalva; o el envío de doce halcones a Carlos V (referido por Herrera) lo invita a una escena en que Enriquillo muestra a Diego Colón cómo cazan.

A veces cambia los nombres y los parentescos de los personajes históricos para entretejerlos mejor con los hilos de la acción: así la Lucía de que habla Las Casas se convierte en Mencía, y Galván la presenta como hija de Higuemota y del español Hernando de Guevara, nieta de Caonabó, rey de la Maguana, y de la reina Anacaona. A Enriquillo le atribuye el nombre indio de Guarocuyá y lo declara sobrino de Anacaona y de Behechío, rey de Jaraguá.

Hay personajes totalmente inventados, como Pedro de Mojica (aunque el nombre haya sido sugerido por un Múxica a quien Colón mandó matar por perverso).

Algunas escenas —si bien encuadradas en la historia— son inventadas, como la muerte de Guaroa.

GALVAN Y LA LEYENDA NEGRA.

Más importante que discriminar los elementos históricos de los elementos de ficción es reconstruir la filosofía de la historia colonial desde la que Galván enjuicia a los personajes de su novela.

Durante los años de Carlos V comenzó la llamada “leyenda negra” —omisión del bien, exageración del mal— que tanta infamia arrojó sobre España. Como los países más activos en esta difamación fueron los que luego se constituyeron en centros de la cultura progresista y liberal de Europa, la “leyenda negra” agitó también la conciencia de los hispanoamericanos cuando la Independencia de los Estados Unidos y la Revolución francesa prepararon los ánimos para nuestras guerras de emancipación. A lo largo de todo el siglo XIX es un lugar común responsabilizar a España de los males de América. Pero en Santo Domingo no hubo tanto anti-españolismo, acaso porque muy tempranamente sufrió ataques de ingleses, holandeses y franceses. En 1697 España tuvo que reconocer la ocupación francesa del noroeste de la Española; a mediados del siglo XVIII Francia había convertido esa zona en una rica colonia; la Revolución francesa sacudió la vida de la isla; y en 1795 la colonia española fué cedida al dominio de Francia y vivió duros años de violencia, invasión y masacre. Cuando llegaron noticias del levantamiento popular español contra la invasión napoleónica (1808) los dominicanos lucharon contra el gobierno francés y se reincorporaron a España, de 1809 a 1821, año en que se proclamó la Independencia. Sin duda los acontecimientos de 1821 dieron lugar a expresiones anti-españolas: la “Declaratoria de Independencia” de José Núñez de Cáceres, por ejemplo, habla del “ignominioso pupilaje de 328 años”; pero en esa misma Declaratoria se alude también a la existencia de una opinión hispanófila. De todos modos la Independencia fué muy efímera, pues el Haití francés invadió en 1822 la parte española y permaneció allí veintidós años. No fué posible la unificación. En Santo Domingo predominaba la sangre española, enardecida con el orgullo de la tradición propia. La “Canción Dominica-

na” que Félix María del Monte compuso en 1844 como himno nacional en las luchas contra los invasores haitianos, llama “¡Al arma, españoles!”, “¡Guerra a muerte sin tregua, españoles!”. “Españoles”, pues, es ahí lo mismo que “nobles hijos de Santo Domingo”. En 1844 se declaró la República Dominicana y comenzaron combates terribles contra las fuerzas agresoras de Haití. Diecisiete años de vida azarosa en que, además de las guerras contra Haití, hubo discordias civiles y triunfó la ambición personal sobre la pureza de los primeros héroes de la Independencia. La figura dominante era el general Santana, bravo guerrero contra Haití, pero que en 1861 proclamó la reanexión a la España de Isabel II.

Es muy significativo que sea precisamente después de 1861 cuando surjan poesías, dramas, novelas, cuentos, leyendas en que las desventuras del indio son ocasión para afirmaciones patrióticas. La raza india se había extinguido en la isla, a consecuencia de la política española; y así los dominicanos —enfrentándose a España— la conjuraron como a un símbolo del espíritu de libertad. El indigenismo obedecía a un móvil de restauración nacional.

Galván, en medio de este florecimiento indigenista —José Joaquín Pérez acababa de publicar *Fantasías indígenas* en 1877— comenzó su novela idealizando también a los indios:

El nombre de Jaragua brilla en las primeras páginas de la historia de América con el mismo prestigio que en las edades antiguas y en las narraciones mitológicas tuvieron la inocente Arcadia, la dorada Hesperia, el bellissimo valle de Tempé y algunas otras comarcas privilegiadas del globo, dotadas por la Naturaleza con todos los encantos que pueden seducir la imaginación y poblarla de quimeras deslumbradoras. Como ellas, el reino indio de Jaragua aparece, ante los modernos argonautas que iban a conquistarlo bajo el aspecto de una región maravillosa, rica y feliz. Regido por una soberana hermosa y amable; habitada por una raza benigna, de entendimiento despejado, de gentiles formas físicas; su civilización rudimentaria, por la inocencia de las costumbres, por el buen gusto de sus sencillos atavíos, por la graciosa disposición de sus fiestas y ceremonias y, más que todo, por la expansión generosa de su hospitalidad, bien podría compararse ventajosamente con esa otra civilización que los conquistadores, cubiertos de hierro, llevaban en las puntas de sus lanzas, en los cascos de sus caballos y en los colmillos de sus perros de presa.

Y en efecto, la conquista, poniendo un horrible borrón por punto final a la poética existencia del reino de Jaragua, ha rodeado

este nombre de otra especie de aureola siniestra, color de sangre y fuego — algo parecido a los reflejos del carbuncho. Etc. (11-12)

Pero Galván, que en esa primera página se ha dejado arrastrar por una simpatía romántica, más adelante nos advierte que en realidad está de parte de la civilización europea:

Suplicamos al lector que no nos crea atacados de la manía *indiófila*. No pasaremos nunca los límites de la justa compasión de una raza tan completamente extirpada por la cruel política de los colonos europeos que apenas hay rastro de ella entre los moradores actuales de la isla. (53)

Hay, pues, una diferencia de actitud entre Galván y otros escritores indigenistas de su época.

Sea por salvar la hispanidad de Santo Domingo, amenazada por la franco-africana Haití, sea por el miedo al desorden, por conservatismo político, por falta de conciencia nacional o por su adhesión personal al general Santana, lo cierto es que Galván colaboró en el acto de la reanexión, obtuvo cargos públicos durante la ocupación española y cuando se restauró la República (1865) se fué a Puerto Rico, siempre al servicio de España. Durante el período de 1865 a 1873 Santo Domingo ni tiene todavía un firme espíritu de soberanía ni logra gobiernos sanos. En 1873 es cuando comienza una nueva era, de liberalismo político y de florecimiento cultural. Galván acepta ahora la República (más tarde se solidarizará con la causa de la independencia en Cuba y Puerto Rico) y vuelve para ocupar posiciones en los gobiernos que se sucedieron de 1876 a 1903. Pero al escribir en esos años *Enriquillo* le duraba el propósito de rehabilitar a España. Más aún: la rebeldía de Enriquillo contra España fué elegida como tema de novela para condenar, no tanto a España, sino los abusos de los presidentes dominicanos en perjuicio de la masa humilde.

Galván convirtió al Padre Las Casas en el eje doctrinario de su novela; siguió sus escritos al pie de la letra —y a veces textualmente—. Pero Galván no interpretó la prédica de Las Casas como una prueba de la bajeza moral de España, sino como un noble ejemplo que España ofreció al mundo. Las Casas, después de todo, era español; y la fuerza de sus invectivas redime a España. (242) Sin duda había corrupciones e iniquidades en la España de Fernan-

do el Católico. Galván no las omite. Eran los males del siglo. Pero al lado de la "leyenda negra" de soberbia, ignorancia, egoísmo, intrigas, pone la "leyenda blanca" de filantropía, rectitud, abnegación y exaltado cristianismo (cap. XIII, tercera parte). La Española fué el escenario de uno de los episodios más dignos en la historia humana:

La posteridad, justa siempre, aunque a veces tardía en sus fallos, si tiene una voz enérgica para condenar el fanatismo religioso que encendió en Europa las hogueras de la Inquisición, tiene también un perdurable aplauso para el celo evangelizador que los frailes de la orden dominica desplegaron en el Nuevo Mundo, predicando el amor y la blandura a los fuertes, consolando y protegiendo a los oprimidos; combatiendo abiertamente los devastadores abusos y las inhumanidades que afearon la conquista. (209)

PROPOSITOS DIDACTICOS.

Toda la novela nació como una lección de historia. Además, hubo otro propósito didáctico: enseñar a gobernar.

Galván era un hombre de gobierno, comprometido con los hechos de su tiempo, atento a los problemas sociales de la República Dominicana y de otros países de las Antillas y decidido a influir en su solución.

Es muy difícil trazar una semblanza de Galván en tanto político. Ocupó posiciones importantes pero no fué una gran figura. Era conservador, tradicionalista, católico, hombre de orden, conciliador con el poder constituido, oportunista en sus métodos y, aunque personalmente decente, sin talla de constructor de pueblos. Su acción política ha sido juzgada severamente.⁴ A pesar de su oscura participación en la vida pública dominicana tenía, sin embargo, un fondo moral idealista que se expresó en su novela. Ante todo, su posición contra la tiranía, la corrupción, la mentira y la esclavitud. La insistencia en estos principios hizo que su novela histórica se convirtiera en novela política.

José Martí, en su carta de 1894, le dijo: "En las observaciones que esmaltan, como diamantes negros una sortija de oro, la narración amena ¡qué dolorosa ciencia, aprendida, bien se ve, en continuos pesares!"

¿Cuáles son estas observaciones?

Algunas, sobre los abusos del gobierno.⁵

Las más serias, sobre la esclavitud.

En la edición de 1882 Galván dedicó la novela a "Don Rafael María de Labra, Presidente de la Sociedad Abolicionista Española"; y le dijo que la idea de escribirla surgió al presenciar el acto de proclamación de la libertad de los esclavos en San Juan de Puerto Rico, en 1873, por el gobernador capitán general, don Rafael Primo de Rivera:

A impulsos de la profunda impresión, del júbilo indecible que en mí causó tan espléndido triunfo de la justicia sobre una iniquidad secular, recorrí con el rápido vuelo de la imaginación la historia de América, y buscando analogías morales en los primeros días de la conquista, mi mente se fijó complacida en las grandes figuras de un compatriota de usted, el ilustre filántropo fray Bartolomé de Las Casas, y un compatriota mío, Enriquillo, último cacique de la Isla de Haití o Española, hoy Santo Domingo.

Desde entonces formé el atrevido propósito de escribir este libro y dedicarlo a la insigne Sociedad Abolicionista Española.⁶

Dentro del cuerpo de la novela quedaron las alusiones a los males de la esclavitud:

... tales son comúnmente las bellezas morales de la esclavitud, institución que ha llenado de crímenes y escándalos el mundo de Colón hasta nuestros días. (299)

Este fué el fin de la célebre rebelión de Enriquillo... enseñanza mal aprovechada, ejemplo que de poco sirvió en lo sucesivo; pero cuya moral saludable ha sido sancionada con el sello de la experiencia, y se cumple ríguosamente a nuestra vista, al cabo de tres siglos y medio. (457)

Los lectores dominicanos de *Enriquillo* percibieron, mucho más que el lector extranjero, las intenciones prácticas de la novela. Y hasta es posible que percibieran más de lo que el mismo Galván quiso poner. José Joaquín Pérez, en su prólogo a la edición de 1882, la admiró como un gesto "en la lucha de la libertad contra la tiranía", como el estudio "de un gran problema social que aun se mantiene de pie..." Y años después Manuel F. Cestero señaló su actualidad política: la primera Constitución republicana, de 1844, había

declarado abolida la esclavitud, pero después de la restauración de la República en 1865 —dice Cestero— “la suplantó la tiranía de los presidentes dominicanos”; “Y *Enriquillo* fué, y ha seguido siéndolo después de treinta años, un libro de actualidad no sólo para Santo Domingo, sino también para Venezuela, Nicaragua, Guatemala, Honduras, Haití, y la mayoría de las repúblicas latinas. Libro fustigador de todo mal.”⁷

EL PASADO NEOCLASICO Y ROMANTICO.

Galván llamó “leyenda” a su novela. Título romántico. Pero su prosa, más que parecerse a la de otros autores de “leyendas”, los románticos Zorrilla y Bécquer, se parece a la de los neoclásicos Jovellanos y Quintana.

¿Por qué Galván, que escribe esto alrededor de 1880, nos da un estilo que concilia dos maneras pretéritas? No hay en él ningún signo de renovación estilística: sin embargo, en la misma época y en otras partes de Hispanoamérica, ya se está flexibilizando la prosa española con giros nerviosos.

Galván —dice don Pedro Henríquez Ureña— “había crecido, intelectualmente, entre las ruinas de la cultura clásica y escolástica que tuvo asiento en las extintas universidades coloniales de Santo Domingo. De cultura moderna, sólo se incorporó íntimamente a la que ya circulaba en la España del siglo XVIII. Hasta en la literatura sus límites naturales eran anteriores a la independencia de América, a lo sumo, contemporáneos de ella; en España, Jovellanos y Quintana; fuera, Scott y Chateaubriand. Cuanto vino después resaltaba en él como mera adición, cosa accidental, no sustantiva. Fué por eso escritor de tradición clásica con tolerancia para el romanticismo; pero su tradición radicaba principalmente en el clasicismo académico del siglo XVIII”.⁸

De aquí que domine en *Enriquillo* un marco de frase lógica, clara, amplia, serena, con mínimos regionalismos e indigenismos y reacia a separarse de las normas del “buen gusto”.⁹ No obstante, abundan en ese bastidor clasicista bordados típicamente románticos.

Ante todo los del tema del amor. Amor imposible, como el de Grijalva y María de Cuéllar, que mueren de tristeza; idilio de Enriquillo y Mencía, inocente en la niñez, como en *Paul et Virginie* de Saint Pierre, siempre interrumpido, como en *I promessi sposi* de Manzoni. Ante estas páginas —la escena en que Enriquillo, que había conocido a Mencía como una niña, de pronto la ve transfigurada en mujer (265-7); el candor con que Mencía escucha la declaración amorosa de Enriquillo sin comprender todavía qué es eso que siente (278-280); y por último la ardiente abnegación con que Mencía acompaña a Enriquillo en su rebelión (404)— los lectores de 1880 debieron de refrescar la emoción de románticos anteriores. Y, como en toda la literatura romántica, debieron de sentir el contraste del atropello lujurioso de Valenzuela a la honra de Mencía (348-352, 396); contrastes *more romantico* entre héroes y villanos que Galván se complace en dibujar al aguafuerte hasta lograr el retrato de Pedro de Mojica, quizá el mejor estudio de la perversidad en todo el romanticismo hispanoamericano.

Otro toque romántico fué la animación de la naturaleza como confidente de las pasiones humanas:

...el triunfo de los sentimientos humanos sobre las pasiones sanguinarias y destructoras parecía que era celebrado por la madre naturaleza con todas las galas y magnificencias de la creación, en aquellos parajes privilegiados del mundo intertropical. (55)

...ocupó desde entonces el espíritu soñador de Enrique como un sentimiento vago y melancólico, prelude de una de esas pasiones contemplativas que se nutren de ilusiones, que ven algo del objeto amado lo mismo en el azul purísimo de los cielos que en el blando susurro de las fuentes... (190)

Románticos también fueron el ideal heroico —libertad o muerte— que aparece con típico énfasis (20, 53, 61, 79, 377, 411); el vivir para la fama, para la posteridad (70); la técnica de tejer los hilos de la acción en una trama rica en coincidencias, embozados, súbitas efusiones sentimentales, citas nocturnas, con arrepentimientos y expiaciones finales; las lágrimas (72-73, 111); el vocabulario: *lúgubre, espantoso, aciago, implacable, infernal alegría, voz con silbos de serpiente, sombras del sepulcro dibujadas en el semblante*, etc.

VALORES NOVELESCOS.

a) *Eficacia narrativa.*

Es asombroso que Galván haya logrado una novela tan bien construida a pesar de las dificultades de su complejo tema histórico y de su método escolar.¹⁰

La imaginación, disimulada en la prosa, ha trabajado en cambio en la articulación de los episodios. El alzamiento de Enriquillo le inspira algunas de las mejores páginas (406 y sigs.; 411 y sigs.; 415); pero no es el engranaje central. Galván hace funcionar bien la relojería de muchas ruedecillas novelescas: aun acciones menores, como la de Anica, se mueven armónicamente en la máquina inventada. Y el lector siente expectativas que, apenas satisfechas, vuelven a renovarse hasta que al final respira aliviado cuando la novela se cierra en una figura optimista: triunfa el bueno Enriquillo, muere el villano Mojica, se arrepiente el libertino Valenzuela...

b) *Caracteres.*

Los personajes viven vidas originales, con excepción de Las Casas. Se comprende: Las Casas no es un carácter novelesco, sino una figura histórica consagrada, y Galván prefirió mostrar sus rasgos conocidos, sin re-crearlo imaginativamente. Enriquillo, en cambio, se prestó a una libre elaboración psicológica. No es un héroe simbólico sino un mestizo de carne, hueso y alma. Lo vemos de niño, afligido primero por su orfandad, respetuoso con los españoles que lo educan, compasivo siempre con los indios maltratados; aguanta bromas y aun impertinencias porque busca el lado bueno de las cosas; al crecer le crece también por dentro su idea de la justicia, y un día, al ver que los españoles golpean con varas a unos indios, siente el primer brote de una nueva vocación: defender a los de su raza (142). Vemos cómo Enriquillo va mirando en sí mismo, va comprendiéndose cada vez más; la maldad de los otros le afina la conciencia de su propia virtud y de su deber de indio (262, 281); unos pasos más y Enriquillo descubrirá que "es preferible la muerte a la humillación del alma". Este descubrimiento lo abate: sabe que las grandes pruebas comenzarán ahora, precisa-

mente porque acaba de descubrir su ley moral (361-2); ya no cree sino en la rebelión (374); y se rebela (406 en adelante).

Es decir, que Galván ha visto a Enriquillo en el tiempo, como personalidad que madura; y esto le da a la novela una dimensión dramática. No sólo son aventuras en el espacio, sino también en el tiempo. Aun en los personajes menores Galván observa los sutiles cambios psicológicos: los de Mencía, por ejemplo, preocupada por la suerte de su esposo más que por la de una abstracta noción de justicia. Y cuando el personaje no varía —como Elvira— el autor, en vez de modelarla en una sola figurilla de ajedrez que ha de moverse sobre el tablero, idéntica a sí misma, la va haciendo a relámpagos, en un transcurso psicológico: 280, 293, 312, 403. Los indios —que son la masa humana al fondo de la novela— se singularizan también: Tamayo es diferente a Camacho. Y, aunque Mojica y Andrés Valenzuela tienen la rigidez de los villanos de melodrama, el escrutinio del despecho amoroso es cabal.

c) *Diálogos.*

La vida que Galván ha sabido infundir en sus personajes es tanta que los diálogos adquieren una real calidad dramática. Elvira y Mencía, al final del capítulo xv, tercera parte, conversan; y, como en el teatro, las palabras de cada una sacan a luz sus almas. Con la sola fuerza de la discusión; al final del capítulo xxix, tercera parte, Enriquillo, Valenzuela, Mojica y Badillo convierten en espectáculo el conflicto que los agita.

d) *Descripciones.*

Galván describe conteniendo la imaginación. Muy pocas metáforas, y generalmente sin sorpresas. Metáforas-rieles por donde rueda tranquilamente la inteligencia. El autor nos las tiende, no para que nos asomemos a las impresiones de su alma, sino para que corramos sobre ellas y alcancemos más pronto el sentido de la acción novelesca. Sólo de tanto en tanto la descripción se interrumpe para que la admiremos como a un momento lírico en la imaginación del autor:

... Enriquillo, mirando atentamente las evoluciones que un hábil jinete hacía recorriendo la llanura en varios sentidos, montado en una ágil yegua, blanca como la espuma del mar, y cuyas crines ondulaban sobre el gracioso y móvil cuello como las flexibles y altas yerbas de la sabana a impulsos de la brisa. (257)

Sin nervios, sin brincos metafóricos, la prosa descriptiva de Galván es más bien pesada. Cada palabra arrastra la sombra de un adjetivo: léanse, por ejemplo, las primeras trece líneas de la página 15. Y cuando la descripción parece avivarse en realidad es una ilusión óptica, como esos ríos escasos que, sin embargo, engañan por un momento al encrespase en las piedras: el cauce descriptivo de Galván —sobre todo en los paisajes— está lleno de rípios de literatura: 39-40, 59, 198, 389. Cuando renuncia a galas literarias prestadas y describe como si su pluma copiara las figuras quietas de un cuadro histórico, Galván acierta.

Al desarmar su telar de novelista para ver cómo funcionó, y al deshilar el tejido de su novela para probar la consistencia de cada hebra, el arte de *Enriquillo* se nos ha escapado de entre las manos. Leída ingenuamente, en cambio, *Enriquillo* es tal vez la mejor novela histórica del siglo XIX en toda la América española.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT,
University of Michigan.

BIBLIOGRAFIA

a) *Sobre la época.*

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, "La emancipación y primer período de la vida independiente en la isla de Santo Domingo". "Santo Domingo desde la renovación de 1873 hasta nuestros días" (en *Historia de América*, publicada bajo la dirección de Ricardo Levene, Buenos Aires, W. M. Jackson Inc., 1940-1941, t. VII y IX).

MAX HENRÍQUEZ UREÑA, *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Río de Janeiro, 1945.

b) *De Manuel de J. Galván.*

Enriquillo. Leyenda histórica dominicana. Primera parte. Santo Domingo, Imp. del P. Billini, 1879.

———. Edición completa. Santo Domingo, Imp. de García Hermanos, 1882; dedicatoria a Rafael María de Labra y prólogo de don José Joaquín Pérez.

———. Tercera edición. Barcelona, Vda. de J. Cunill, 1909. Prólogo de José Martí.

———. Cuarta edición. Buenos Aires, Editorial Americalee, 1944.

El general don Pedro Santana y la anexión de Santo Domingo a España. Opúsculo sin firma, atribuido a Galván.

El arreglo de la cuestión dominico-española de 1879. Rectificaciones a un opúsculo del doctor Ponce de León, Puerto Rico, 1880.

Prólogos a *Cosas añejas*, Santo Domingo, 1891, de César Nicolás Penson; a *Santo Domingo y Haití: cuestión de límites*, 1896, de Hipólito Billini y Aristy; a *Escritos*, 1909, de Ulises Francisco Espaillat.

Controversia histórica sostenida en 1889 entre "El Teléfono" y "El Eco de la Opinión", 1891. (De Galván, los artículos de *El Eco de la Opinión*; los otros, de José Gabriel García).

Dos cartas sobre los restos de Cristóbal Colón, ¿Madrid, Góngora impresor, 1892?

Ramón Mella (en *Analectas*, vol. VI, núm. 5, Ciudad Trujillo, 1947).

c) *Sobre Galván.*

MANUEL F. CESTERO, "*Enriquillo*" de Manuel de J. Galván (en *Cuba Contemporánea*, La Habana, abril, 1917, año V, t. XIII, núm. 4, pp. 316-337).

RAFAEL A. DELIGNE, artículos sobre *Enriquillo* en *El Cable* de Macoris del Este, reproducidos en *Letras y Ciencias*, septiembre-octubre, 1893.

MIGUEL ANGEL GARRIDO, *Siluetas*. Santo Domingo, 1902.

FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, *Manuel de Jesús Galván* (en *Clio*, Ciudad Trujillo, enero-febrero, 1934, primer fascículo).

MAX HENRÍQUEZ UREÑA, *idem*.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Enriquillo* (en *La Nación*, Buenos Aires, 13 de enero, 1935).

Listín Diario, diciembre, 1910 y enero, 1911. Necrología y artículos de R. Abreu Licairac, Federico García Godoy, M. Ubaldo Gómez, Carmelo Martínez Acosta y Eulogio Horta.

AMÉRICO LUGO, artículo publicado en el *Listín Diario*, 31 enero, 1911.

JOSÉ MARTÍ, *Carta a Galván* reproducida en *Enriquillo*, ediciones 1909 y 1944.

CONCHA MELÉNDEZ, *La novela indianista en Hispanoamerica*, Madrid, Universidad de Puerto Rico, 1934.

MANUEL DE J. DE PEÑA Y REINOSO, *Estudio crítico de "Enriquillo"*, Santo Domingo, 1897.

JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ, *Prólogo a Enriquillo*, edición 1882.

EUGENIO POLANCO Y VELÁZQUEZ, conferencia en el Liceo de Puerto Plata, 1896, publicada en los "Lunes del *Listín*"; 9 mayo, 1898.

NOTAS

1. Manuel de Jesús Galván nació el 13 de enero de 1834 en la ciudad de Santo Domingo, a la sazón bajo el dominio de Haití. Diez años después de proclamada la independencia (1844) Galván fundó el periódico "El Oasis", que apoyó la candidatura del general Santana. En 1859 fué designado secretario particular de Santana, partió para Dinamarca como miembro de una misión diplomática y volvió el mismo año, otra vez al lado de Santana. Quizá influyera en la anexión del país a la España de Isabel II, proclamada por Santana en 1861. En 1862 defendió la anexión en su nuevo periódico "La Razón". Durante la ocupación española (1863-1865) obtuvo el cargo de Jefe de Negociado y Ministro del Interior. Estallaron motines a favor de una restauración de la República: derrotados los españoles, Galván salió con ellos de la isla y se fué a Puerto Rico, donde sirvió a España en cargos políticos y diplomáticos. Regresó a Santo Domingo para colaborar en 1876 con el liberal Espaillat, presidente de la República: fué elegido convencional y ministro de Relaciones Exteriores; el mismo año cayó el gobierno de Espaillat. Desde 1878 hasta 1903 fué, sucesivamente, legislador, ministro de Relaciones Exteriores y de Justicia e Instrucción Pública, presidente de la Suprema Corte de Justicia, diplomático, etc. No había estudiado en ninguna Universidad pero obtuvo la investidura de Licenciado en Leyes por acto de la Suprema Corte de Justicia. Fué profesor del Instituto Profesional. En medio de este trajín, escribió, durante ocho años, *Enriquillo*, único libro. Desde 1903 vivió retirado de la vida pública. Murió en Puerto Rico, en 1910.

2. Véanse las explicaciones al pie de las páginas 19, 93, 280, 419: uso, por ser más accesible, la cuarta edición, Buenos Aires, Editorial Americalee, 1944.

3. Por ejemplo, la carta de Las Casas (1534) en que narra el episodio de Enriquillo. Véase "Zwei Briefe von Fray Bartolome de las Casas" (*Archivum Fratrum Praedicatorum*, 1934, vol. iv, pp. 187-220). Estas dos cartas

han sido descubiertas y publicadas por el dominico Benno M. Biermann. Cfr. Lewis Hanke, *The Spanish struggle for justice in the conquest of America*, Philadelphia, 1949, p. 187.

4. MIGUEL A. GARRIDO, *Siluetas*, Santo Domingo, 1916, segunda edición, pp. 221-242.

5. "La humanidad es la misma en todo tiempo, viéndose que los antagonismos, las envidias y las ruines pasiones de todo género se coloran con apariencias y vislumbres de móviles respetables, y decoran sus inicuas manifestaciones con los santos nombres de *justicia, patriotismo, servicio público, integridad, pulcritud*, etc. Todo falacia y cinismo para llegar a un mal fin" (253). "Los padres comisarios no pudieron sustraerse a la preocupación que hasta nuestros días parece haber sido ley común a la mayor parte de los gobernadores coloniales, en exagerar el respeto a los intereses creados, por injustos, ilegítimos y escandalosos que fueran..., etc." (327-8). Véanse además, pp. 12, 180.

6. En la edición de 1909 Galván suprimió esta dedicatoria a Labra, como también el prólogo a José Joaquín Pérez; en cambio, agregó una "reseña retrospectiva" en la que nos dice que, al escribir *Enriquillo*, en años de pasión y de lucha, se propuso condenar, no sólo yerros pasados, sino también yerros análogos del presente; pero como los males allí previstos adquirieron luego el sello de lo irremediable, el autor abandona la polémica y aspira a la imparcialidad.

7. MANUEL F. CESTERO, "*Enriquillo*" de Manuel de J. Galván (en *Cuba Contemporánea*, t. XIII, año v, abril 1917, núm. 4, pp. 316-337).

8. PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Enriquillo* (en *La Nación*, Buenos Aires, 13 enero, 1935).

9. Las dos veces que aplica a personas la palabra "gruñido" se cree obligado a pedir perdón al lector y se remite a la autoridad de Las Casas (226, 228).

10. El esfuerzo para levantar esa difícil arquitectura se revela en frases ingenuas: "Como es probable que no vuelva este episodio a figurar en nuestra narración, le damos cabida ahora, aunque no sea de este lugar" (183). A veces Galván teme que el lector se haya perdido en el gran tapiz, y en nota le recuerda algo que pudo haberse olvidado: "Alude a la promesa que hizo una vez, de no enajenar la yegua. *Antes dejaré de ser quien soy*, dijo." (421).

